

SERMÓN DE LA APARICIÓN
DE
NUESTRA SEÑORA DE LA SALETA

PREDICADO

EL 21 DE OCTUBRE DE 1894

en la parroquial de San Antonio de Padua, anejo de
Sta. María de la Encina
de la villa de Ponferrada,

PARA INAUGURAR EN EL MISMO
LA IMAGEN Y CULTO

DE LA

EXCELSA APARECIDA

POR

D. SILVESTRE LOSADA CARRACEDO

RECTOR PÁRROCO DE LAS MISMAS,
DE LAS ACADEMIAS ROMANAS DE LOS QUIRITES Y POETAS
ARCADES, ACADÉMICO CORRESPONDIENTE
DE LA REAL ESPAÑOLA DE LA HISTORIA.



Ponferrada: 1894

Establecimiento tipográfico de A. Valenti

Paraisín, núm. 13.

73. 49. 43

5625

SERMON DE LA APARICION DE
DE

EXCELSA SEÑORA DE LA

PRESENCIA

EL 11 DE OCTUBRE DE 1864

en la parroquia de San Antonio de Padua, en la
del Pinar de la Cañita
de la villa de Ponce.

PARA INVIGILAR EN EL MISMO

LA IMAGEN Y CULTO

EXCELSA APARECIDA

EL SILVESTRE HORADA CARABENGO

Revisor de la obra de las
de las doctrinas de las parroquias de Ponce
de la Real Parroquia de la villa de Ponce

Impreso en la imprenta de A. Vial
Ponce, P.R.



SERMÓN

DE

Nuestra Señora de la Saleta

SERMÓN DE LA APARICIÓN
DE
NUESTRA SEÑORA DE LA SALETA

PREDICADO

EL 21 DE OCTUBRE DE 1894

en la parroquial de San Antonio de Padua, anejo de
Sta. María de la Encina
de la villa de Ponferrada,

PARA INAUGURAR EN EL MISMO
LA IMAGEN Y CULTO

DE LA

EXCELSA APARECIDA

POR

D. SILVESTRE LOSADA CARRACEDO

RECTOR PÁRROCO DE LAS MISMAS,
DE LAS ACADEMIAS ROMANAS DE LOS QUIRITES Y POETAS
ARCADES, ACADÉMICO CORRESPONDIENTE
DE LA REAL ESPAÑOLA DE LA HISTORIA.



Ponferrada: 1894

Establecimiento tipográfico de A. Valenti

Paraisín, núm. 13.

SERMON DE LA APARICION

DE

NUUESTRA SEÑORA DE LA SALTA

EMERITADO

EL 27 DE OCTUBRE DE 1894

EN LA CATEDRAL DE SAN ANTONIO DE PADUA, ASESORADO

POR EL P. M. J. DE LA S. J.

DE LA VILLA DE FORTALEZA,

PARA INAUGURAR EN EL MISMO

LA IMAGEN Y CULTO

DE LA

EXCELSA APARICIDA

DE

D. SI VESTRE LOSADA CARRAEDO

REGENTE PARRICO DE LAS VISTAS

EN LAS CATEDRALES ROMANAS DE LOS QUINCE D. FORTALEZA

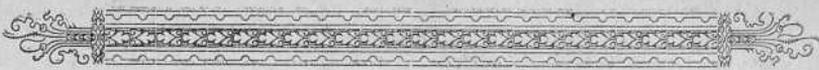
ANEXO AL MUSEO DE HISTORIA

DE LA REAL ESCUELA DE LA HISTORIA

Fortaleza, 1894

Establecimiento tipográfico de A. P. P.

Fortaleza, 1894



Sermón de Nuestra Señora de la Saleta



*Acercaos, hijos míos, y no temais:
estoy aquí para anunciaros una gran
novedad.*

*Palabras de la Santísima Virgen á
los Pastorcitos de la Saleta.*

M. A. en J. C.

HACE muchos años, ya desde que soy Párroco en esta villa, han ocupado mi ánimo dos asuntos de suma importancia para todos. Es el primero la elevación á Parroquia de este Santuario de San Antonio de Pádua y el segundo el establecimiento en ella del culto á la Virgen María con relación y para remedio de las necesidades del tiempo presente. Como veis, Dios ha coronado mis esfuerzos, dotando á este pueblo de una Parroquia y un Sacerdote más; y este beneficio, debido á la infinita bondad, me ha señalado el camino para inaugurar aquí ese culto con una Imagen nueva y bajo una advocación nueva, motivada por una aparición portentosa de la Virgen, que puso en conmoción al mundo y ha sido la preocupación constante de mi alma.

Corría el año 1846, víspera de las grandes revoluciones de los años siguientes, que pusieron en peligro muchos tronos y el orden de las naciones. La humana sociedad, en vez de buscar al médico que podía curar sus heridas, se disponía en silencio á perpetrar los excesos que ya la echaran en el lecho del dolor, y acechaba el momento de poder repetirlos. Llagada en sus miembros por la indiferencia religiosa y el olvido de la moral y la ley, ya no se creyó hija de Dios, y se entregó á la rebelión y á todas las concupiscencias. Y fingiendo que los Príncipes y en particular el Pontífice Romano, eran la causa de su enferme-

dad y ruina, intentó por todos los medios romper los lazos que la unían á la autoridad, para de este modo sustraerse del poder de Dios y desasirse de los brazos de su misericordia.

Pero en vano, A. M.; porque, quien voluntariamente huye de los brazos de la misericordia de Dios, inevitablemente cae en las manos de su justicia. Dios no quería aunque el hombre, criado á su imagen y semejanza y redimido á costa de su propia sangre, sin un nuevo aviso fuera objeto de su enojo. Con este fin santificó nuevamente la autoridad, suscitando un Pontífice, modelo de Príncipes y de Reyes. Ya que achacais al Príncipe las calamidades públicas, quiso decir á los pueblos, ahí teneis un Papa, que será espejo de Príncipes, los cuales, si quieren imitarlo, labrarán como Él la felicidad de sus súbditos.— Pio IX fué ese Pontífice, elegido milagrosamente como sus antecesores del tiempo del paganismo y de las persecuciones de la Iglesia. Así como San Fabián fué designado al pueblo romano por el ministerio de una paloma, fué él también de un modo parecido; pues, cuando iba al Cónclave, un bando de estas aves, simbolo de su inocencia, se posó sobre su coche, el que no abandonaron las celestes mensajeras, apesar de los chasquidos del látigo y la algaraz de los mayores, hasta entrar en Roma el joven Cardenal, obligando á decir á los pueblos por donde pasaba el Ungido del Señor: «Ahí vá el Papa:» lo que se verificó muy luego, saliendo elegido, contra su voluntad y las previsiones humanas, á los pocos escrutinios. Hecho Papa, inspira sus actos en la justicia, la caridad, la inteligencia y el amor, como nos dice un biógrafo, hermanando así la majestad del soberano con la ternura del padre. Vicario de Cristo, tómale por modelo para hacer el bien, é inaugura su reinado con un acto heróico de clemencia, devolviéndolo á los desterrados el sol de la pátria y las dichas del hogar. Sus mayores cuidados fueron el alivio de los pobres, la ilustración del pueblo, la beneficencia pública, el orden en la hacienda, las economías del presupuesto, la regularidad en los procesos criminales y la aminoración de las penas. Solo tenía manos para bendecir y lengua para perdonar. Sin embargo, los príncipes... y los pueblos... desconocieron al Enviado de Dios como antes desconocieran al Divino Maestro, cerrando los ojos á aquél sol que iluminaba el Universo-Mundo; y Dios... en lugar de castigarles, como merecían, les manda otro aviso... pero ahora ya es aviso de amenaza: y para significarles que aun era tiempo de perdón, la misma Reina de los Angeles bajó á la tierra, se aparece á dos pastorcitos en el monte de la Saleta y cruzando los brazos, anuncia al mundo la causa de su inesperada visita, diciendo: «Anunciad á mi

pueblo que sino quiere someterse, me veo forzada á dejar caer el brazo de mi Hijo: es muy fuerte y está levantado para castigar principalmente la blasfemia, la profanación del día festivo y la violación de la abstinencia y el ayuno.

Ved aquí, A. M. el objeto de mi pobre discurso. Perdonadme si á la fuerza y contra mi caracter, tengo que ser el Profeta de las malas nuevas. Los pecados de hoy son los mismos que la Santísima Virgen dijo que iban á ser castigados. Meditemos luego unos minutos el don de esa Aparición personal de la Virgen María y la gravedad de esos pecados del mundo actual. Pero antes congraciémonos con la dulce Madre de Dios, saludándola en la tierra como la saludan los Angeles en el Cielo.

Dios te salve Maria.

I.

No hay nación, ni ciudad, ni pueblo en el mundo católico, en que no se dé culto á la Virgen por excelencia bajo alguna de sus advocaciones. En unas partes el culto es nacional como en España á la Virgen del Pilar; en otras provincial como en Asturias á la Virgen de Covadonga; en otras regional como en el Bierzo á la Virgen de la Encina; en otras municipal como en Valencia á la Virgen de los Desamparados; y en otras local como en San Blas de Campo á la Virgen olvidada de Pomboeza; pero este culto no es universal, sino en los misterios de su vida y en algunas apariciones que como la de la Saleta, llevan en sí mismos el caracter de la universalidad. La Virgen María, sea cualquiera el aspecto bajo que se la mire, es la criatura más digna de nuestros cultos, porque bajo todos conceptos nos ha dispensado innumerables beneficios y se ha mostrado Madre del hombre. Su culto casi corre parejas con el del mismo Jesucristo, de tal suerte que basta que en un punto haya cristianos para inferir que allí hay devotos y apasionados de su Madre. El hombre, que es polvo y miseria, vé que por sí mismo no puede llegar á su Criador que aunque infinitamente bueno, se le representa como poder y justicia, é instintivamente se asocia á María, emblema de ternura y misericordia, puente echado entre el Cielo y la Tierra para acortar las distancias entre los dos. Si se acuerda del Paraiso, que guarda un Angel con espada de fuego, del poder de Dios, tan terrible en el valle de Pentápolis como en Egipto y el mar Rojo; de la promulgación de la ley en el monte Sinaí entre el fragor del trueno y el centellear de los relámpagos; del exterminio del pueblo, muerto á espada de orden de Dios por los hijos de Leví; y de

la severidad de la Antigua Ley, cuya historia es Dios de los Ejércitos cabalgando en carro de fuego, ó encendiendo el sol en las pupilas de sus ojos; vé también que los antiguos rigores están templados por los buenos oficios de María, que dispone la Ley de Gracia interesando al Eterno Padre para que mande á la tierra al Divino Verbo, acompañando al Hijo humanado en su obra Evangélica y presidiendo al Colegio Apostólico al recibir al Divino Espíritu para civilizar á las naciones. ¡Qué grande es Dios en todas sus obras! Al mostrárenos su Divina Majestad acompañada de la mujer, ser compasivo, hermoso y bueno, tenemos que confesar que Dios también es autor de la belleza. Su ignea Majestad quemaría nuestros ojos y su inmenso Poder acobardaría nuestro corazón, si la Virgen María, la mejor amiga de Dios y la simpática compañera del hombre, á fuerza de ternura no apagara los fuegos de la Divinidad y no nos prestara su influencia para recobrar la herencia perdida. En efecto: nace María y al punto cesa el aparecimiento de los Angeles con espada desnuda ó armados del rayo, y los Profetas dejan de anunciar las divinas venganzas; salúdala el mundo como estrella del mar y lucero de la mañana, y huye del Olimpo la turba de dioses concupiscentes ó fieros que afeaban la obra del Altísimo, y los Cielos, hasta allí cerrados con puertas de metal, ábrense para manifestarse el Dios-Redentor y dar entrada á los hijos de Adám.

Desde entonces, H. M. la Virgen María aparece en la Historia como la mensajera obligada del Eterno. Aun vivía en la región del destierro la divina Señora y ya la vemos aparecerse en Zaragoza al Apostol Santiago, trayéndole su Imágen del Pilar y anunciándole la perpetuidad del Catolicismo en España y los milagros que Dios obraría por su intercesión en favor de los españoles. Llevada despues al Cielo por ministerio de los Angeles, con frecuencia la vemos bajar á la tierra en auxilio de los hombres. Ya la vemos aparecerse sobre la cima volcánica del Puy á una doncella pagana, curándola milagrosamente de una enfermedad, para traer al seno de la Iglesia á los bravos gentiles de las Galias; ya la vemos aparecer en Roma al Papa Liberio y á dos consortes ricos, dándoles trazoado con nieve en la estación de los calores el plano del suntuoso templo que edificaron en el monte Esquilino, llamado hoy Santa María la Mayor; ya se aparece en el monte Lupo al vaquero Gil, señalándole el sitio donde está enterrada la Imágen de la Virgen, que en Roma hacía huir la peste en las calles por donde pasaba, y hoy veneramos con el título de Nuestra Señora de Guadalupe; ora se aparece á Simón Stock, entregándole el Escapulario del Carmen, que libra de peligros al alma y al cuerpo en la

vida y de las penas del Purgatorio en la muerte; ora se aparece á los piadosos varones Pedro Nolasco, Raimundo de Peñafor y rey D. Jaime, ordenándoles la creación de la Orden Heróica de la Merced, para alivio y redención de los cristianos cautivos que gemían bajo el yugo de los turcos; ora sale milagrosamente su Imagen de las olas del mar, como sucedió con la Virgen del Rosario; ora, en fin, omitiendo otras innumerables apariciones, la vemos en el monte de la Saleta, hablando largamente con Maximino y Melaina.

Era el 19 de Septiembre de 1846, tres meses y tres dias despues de la elección providencial de Pio IX, víspera del domingo en que nuestra Madre la Iglesia celebraba aquél año la Conmemoración de los Dolores de la Santísima Virgen. Maximino Giraud, de 11 años, y Melania Mathieu, de 14, servían á Pedro Selma y Bautista Pra, y no se conocían. Al amanecer salieron, como los otros pastores, con las vacas de sus amos para el monte, llevando en sus zurronec las provisiones para la comida del día. Llegaron ambos á juntarse, casualmente ó por disposición de la Divina Providencia, en la meseta ó llanura del monte llamado la Saleta, cerrada por otros tres montes mas altos, cuyos picos se elevan de cuatro á seis mil pies sobre el nivel del mar, y cuando les pareció ser mediodía, se sentaron junto á una fuente que como todos los veranos estaba seca, comieron sus pequeñas provisiones, buscaron otra fuente para satisfacer la sed, volvieron á la fuente seca donde habían dejado los zurronec, bajaron un poco más, y sintiéndose con sueño, cosa que nunca les había sucedido, se echaron á dormir. Melania despertó la primera, y no viendo las vacas; despertó á Maximino: ambos subieron á buscarlas por el costado del monte Gargas, las vieron descansando en la falda del monte, y tranquilizados con el hallazgo bajaron á cojer sus zurronec. Apenas dieron vista á la fuente sorprendióles una claridad muy brillante que les turbaba con su resplandor, y luego una Señora rodeada de luz que estaba sentada en las piedras de la fuente en actitud de profunda tristeza. Los niños se sobrecogieron, pero luego la señora, con palabras de bondad y cariño, les mandó acercarse. Fascinados por su clara hermosura, se pararon á contemplarla, y observaron que tenía pendiente del cuello una cadena de oro con un Crucifijo; á cuyo extremo inferior pendían un martillo y unas tenazas. La Señora entonces se adelantó hacia ellos, y les dijo, llorando: «Ya no puedo contener el brazo de mi Hijo, dispuesto á castigar los pecados de mi pueblo. Decidle que los pecados que más le han ofendido, son la blasfemia, la profanación del día festivo y la violación de la abstinencia y el ayuno. Si quiere someterse, ten-

drá paz, abundancia y salud; pero sinó se enmienda, se perderán las patatas y más cosechas. Mucho sufró por vosotros, mucho teneis que orar y mucho bien que hacer.» Despues confió á cada uno un secreto que no debían revelar, y elevándose como vara y media del suelo, miró al Cielo, luego á la Tierra y subió á la Gloria de donde había bajado.

¡Oh monte santo de la Saleta! Tus cumbres ya pueden saltar de gozo como corderos, segun nos dice el Real Profeta que saltaban los montes que visitaba el Señor. Eres memorable como el Horeb y el Moria y el Sinaí y el Tabor, porque la Hija del Príncipe se dignó honrarte con su presencia y vestirse de tus nieves immaculadas. Ya no serás el desierto inhabitado, de silencio religioso y austera majestad: al esplendor que Dios te imprimió en el origen de las edades, sustituyó una luz mas viva que alumbra mas extensos horizontes; los ecos imponentes del trueno y de la tempestad, únicos ruidos de tus collados, mézclanse á la voz alegre de la campana para hacer la armonía que vendrían á escuchar los moradores de todos los climas; y las torres cristianas, elevándose hacia el Cielo, dominarán con sus cruces las seculares rocas de tus alturas.

Dispensadme la digresión, A. M. hija de mi entusiasmo y gratitud á la Santísima Virgen; puesto que no es otra la Señora Aparecida, y volvamos á la narración histórica.

La aparición se hizo pública aquella misma noche en los diez barrios del pueblo de la Saleta, donde los dos pastorcitos la contaban con todos sus detalles. Unos la creyeron, otros atribuyéronla á una alucinación no atreviéndose nadie, tal era el concepto público de su inocencia y sencillez, á poner en duda su veracidad. Más la curiosidad influyó en los unos y la gracia en los otros ó en todos, y al día siguiente el pueblo de la Saleta trasladóse en masa, con su Párroco á la cabeza, al lugar de la aparición: y ¡oh sorpresa! la fuente que se seca-ba todos los veranos, brota agua en abundancia. Todos beben de aquella agua, que ya tienen por milagrosa, y apesar de ser extremadamente fria, mucho mas fria que la que manaba en las épocas ordinarias, muy apropósito para perjudicar la salud, aquella agua ¡oh sorpresa mayor! cura repentinamente á los enfermos del cuerpo y del alma. La noticia de la aparición y de los milagros que la siguieron, corrió en pocos dias todo el distrito de Cors, y volando de campanario en campanario se extendió en pocos meses por toda la Francia y en pocos años por toda Europa y demás partes del mundo conocido; porque donde se bebía aquella agua, ó se tocaba una medalla ó es-

tampa de la Virgen aparecida, ó se hacía su novena, ó se invocaba el nombre de la Virgen de la Saleta, se repetían los mismos prodigios. Solo la Francia no supo aprovecharse del Don de Dios: mientras las otras naciones de Europa y de fuera de ella, mandaban peregrinos á millares y Comisiones para consagrar los pueblos á la Excelsa Aparecida, los franceses pasaban el tiempo en tentar á los pastorcitos para hacerles callar, ó contradecir, ó revelar los secretos. Dios se encargó de responderles, enviándoles el primer castigo; pues al año siguiente faltaron las patatas y otras cosechas; con su falta sobrevino la miseria, y como consecuencia de ella una mortandad tan escepcional que en un solo año perecieron más de 360.000 personas; siendo de notar que en el Cantón de la Saleta, antes semillero de crímenes, donde se oyeron los avisos de los niños, ni faltaron los cereales, ni murieron los ciudadanos.

Como yo, podreis haber ya observado, A. H. M. que la aparición de la Saleta no se parece á las demás apariciones. En los otros, la Virgen se presenta alegre y risueña, como mensajera de paz; más en ésta su aspecto es triste y lloroso, como el del Profeta que anuncia cosas desagradables. Despues de prometer las venturas espirituales y temporales y de anunciar los castigos, la Virgen confió un secreto á Melania y otro á Maximino, con orden expresa de no revelarlos á nadie, habiéndola observado con tanta exactitud que jamás el uno pretendió saber el secreto del otro. Y cuantos esfuerzos hicieron los demás para obligarles á revelar los secretos que la Virgen les había prohibido, fueron inútiles: ni la amistad, ni el interés, ni la curiosidad, ni las promesas, ni las amenazas, ni la autoridad civil con su imperio, ni la judicial con sus recursos, ni la eclesiástica con su dulzura, pudieron inducirles á la menor revelación, manifestando, cuando se veían muy apurados, que antes morirían que revelar sus secretos. ¿Qué secretos serían éstos que tanta reserva imponen á los niños? Serán nuevos castigos? Serán las revoluciones que se siguieron á la aparición? Será el destronamiento de algunos príncipes prevaricadores? Será la pérdida temporal de los dominios seculares de la Santa Sede? Será la ejecución de los planos satánicos que conciertan los enemigos de Dios? Será por fin una catástrofe no vista en la historia?... No tentemos á Dios, pretendiendo averiguar lo que aun quiere ocultarnos. Los niños luego que aprendieron á escribir, escribieron esos secretos de orden del Papa, el cual guardó los pliegos, y esto debe bastarnos para hacer ciegamente cuanto mande el Papa. Evitemos el pecado y evitaremos esos castigos tan temidos, consecuencia del pecado. La Virgen se apareció llorosa,

fotografiadas en su semblante las tristezas del Cielo, diciendo que ya no podía contener el brazo de Dios, levantado para castigar los pecados del mundo, designándolos para obtener su enmienda. Mirados en sí mismos, parece haber otros pecados más grandes: no obstante, la Virgen no se fija en ellos, porque ordinariamente son hijos del interés ó de la pasión, ó se ocultan por temor á las leyes. La Virgen se fija y con razón, en la blasfemia, en la profanación del día festivo y en la violación de la abstinencia, porque estos pecados, además del escándalo, llevan consigo la indiferencia religiosa y el desconocimiento de la autoridad de Dios y de su Iglesia.

II.

Estos tres pecados, H. M. entrañan ciertamente una gravedad inmensa. Amen de ser, como los otros, una infracción grave de las leyes de Dios, pregonan á la vez que no hay leyes divinas ni humanas, que Dios no se cuida de su cumplimiento, que el hombre puede torjarse una religión para su uso ó vivir sin ninguna, y que ni en sociedad, ni en la familia, ni fuera de ellas, tiene deberes que cumplir para con Dios, ni para consigo mismo, ni para con sus semejantes. De aquí á la divinización del hombre y al desorden social no hay más que un paso; porque entonces el hombre, voluble y miserable como es, no reconoce otra norma para obrar que su propio capricho. Si el hombre fuera siempre lógico, éste sería su abismo, empero no lo es por fortuna; porque no todos los que infringen aquellos tres preceptos creen que el nombre de Dios puede ser blasfemado, que se pueden robar á Dios los días que Él mismo ha consagrado á su gloria y santificación de sus criaturas y que el hombre no está obligado á afrontar los obstáculos que le impiden servirle. En este punto pasa una cosa muy extraña, que solo se explica por una falta de lógica. Cree en Dios el hombre, y siembra su campo de las blasfemias de su nombre; cree que se le deben culto, honor y gloria, y ocupa los días de Dios en servicio de Satanás; cree que ha de morir, y cuida su cuerpo como si hubiera de vivir siempre: y sin quererlo se hace eco de los enemigos de Dios, que en los antros de las tinieblas han acordado que no haya Dios, ni Religión, ni vida futura. Y todo ello sucede porque el hombre no medita en Dios, ni estudia la Religión, ni piensa en su miseria, ó mejor, porque no oye á la Iglesia y sus ministros, los que únicamente tienen autoridad para darle la verdadera idea de Dios, enseñarle su Religión y el modo de practicarla é inculcarle la higiene que prepara el cuerpo

para la sepultura y el alma para Dios. Por escuchar demasiado las predicaciones de tales enemigos, dejó el hombre amortecer su fé y hasta la sindéresis católica, antorchas que siempre debían arder en su alma, y el resultado fué caer en sus lazos, tomando á la Iglesia como una sociedad cualquiera, estimando su autoridad como si saliera de la soberanía nacional y obrando como si nunca hubiera de responder de sus actos. Tamañas afirmaciones necesitaban otras afirmaciones en contrario, pero contundentes, verdaderas y divinas, para demostrarle que nunca puede hacerse independiente y que siempre debe aspirar á la santidad para que ha sido criado; y esas afirmaciones no se hicieron esperar luego que el hombre tuvo necesidad de ellas. La Iglesia nuestra Madre, providencia visible de Dios en la Tierra, las vió en la aparición de la Saleta, y con su autoridad divinamente soberana las promulgó como obligatorias, definiendo solemnemente la Inmaculada Concepción de María, única estrella que faltaba á su corona de Reina, y la Infalibilidad Pontificia, ó sea la soberanía divina del Pontífice Romano, faros ambos de luz indeficiente para mostrar al hombre descarriado la verdadera autoridad y alumbrarle en los caminos que conducen á Dios. Y apesar de tanta luz ¡oh fatalidad! los hijos de la luz están en peligro de ser vencidos por los hijos de las tinieblas que, aprovechándose de sus flaquezas, pretenden poner sobre el pavés el trono de Satanás para destruir el reino de Dios. Los pueblos cristianos no ven ¡oh ciegos! que hace una centuria son gobernados por masones y renegados, que se han repartido las naciones para comer-selas, principiando por descatolizarlas. Estos sectarios vendidos al oro judío ó al extranjero, porque todos son extranjeros en su propia nación, se juntan en conciliábulos ordenados ó presididos por judíos, raza maldita y la mayor enemiga de Cristo, para beber allí su odio deícida contra el pueblo cristiano. Allí conciertan con ellos los partidos políticos, para coger en sus redes á los ciudadanos incautos; allí se acuerdan las pornografías y las representaciones inmorales; allí se reparten los papeles para exterminar el nombre cristiano; allí se determina la prensa que ha de publicar y coadyuvar á sus planes diabólicos; allí se decreta, en fin la indiferencia religiosa, que ha de impedir el cumplimiento de las leyes de Dios y de su Santa Iglesia.

¡Y los fieles se han dejado coger en sus lazos! ¡Ay cristianos! ¡A que extremo hemos llegado los hijos de la Cruz!... ¿Y nos extrañaremos que vengan sobre nosotros los castigos anunciados en el monte de la Saleta? En el otro mundo únicamente se castigan los pecados de los individuos. Los pecados públicos de los pueblos son castigados en

la tierra: aquí es donde los pueblos prevaricadores son castigados como tales, y con castigos generales, de que no se libran ni aun los buenos é inocentes; permitiéndolos Dios acaso, porque estos no pusieron de su parte todos los medios que podían para evitar las causas que los motivaron. La Virgen los anunció... y vinieron luego sobre la Francia: los pueblos no se enmendaron... y alcanzaron despues á las otras naciones. Ciegos somos, si no los vemos ya en la falta de cosechas, en las tempestades y en las inundaciones y en la oruga y en el oidium y en la fioxera, plagas que amenazan acabar con el alimento de la familia humana. Todos, todos están anunciados contra los pueblos que no practican la religión en el Sagrado libro del Dentoromio, donde constan hasta los bermes de nuestra fioxera que destruirán, dice, las viñas que plantemos y cultivemos. Los pecados de la sociedad actual son demasiado públicos y escandalosos. Los odios son recíprocos entre los pueblos y los ciudadanos; el egoismo, la tibieza y la codicia dominan en todas las esferas; el periódico, el libro y el teatro corrompen las costumbres; las autoridades son más bien temidas por la pena que respetadas por la conciencia; la indiferencia religiosa es tan general que basta un simple respeto humano para que todos falten á la Religión; las leyes de la Iglesia se miran como sinó existieran; Dios, cuando no es blasfemado, es relegado á las profundidades del Cielo para ser escarnecido en su Iglesia y en su Sacerdocio; el día festivo es profanado, huyendo de la Iglesia é infringiéndolo con el trabajo servil y el pecado; la abstinencia y el ayuno son considerados como si el hombre no tuviera más Dios que su vientre; se falta abiertamente á la verdad conocida, pecando contra el Espíritu-Santo; el pueblo cristiano, en fin, no tiene conciencia de sus deberes, y secunda con placer á Satanás y sus ministros. ¡Sus y alerta! cristianos. Vigilad y mirad, porque nuestro enemigo el diablo nos acecha por todas partes para devorarnos. Desembaracémonos de las redes del enemigo y salgamos cuanto antes del abismo de la indiferencia, causa indubitable de los males que hemos visto y de los que están por venir. Si los poderes humanos abandonan á la Iglesia, afirmemos nosotros que el Pontífice infalible es Rey y director de la Iglesia y de la sociedad. Si los gobiernos protejen la herejía, hagamos nosotros protestas de fé católica. Si los masones se juntan en secreto para pecar y exterminar la idea cristiana, juntémonos nosotros públicamente en nuestros templos para orar y decirles que estamos dispuestos á defender nuestra religión. Si los partidarios de Satanás pervierten las inteligencias y corrompen las costumbres, huyamos nosotros de su prensa y más me-

dios de que se valen para pervertirlas y corromperlas. Si los sectarios se valen de la política para dividirnos, digamos nosotros con el Divino Autor del Evangelio que no queremos partidos, que son la destrucción de los reinos. Si las autoridades no impiden la blasfemia, la profanación de los días del Señor y la infracción de las leyes de la Iglesia, asociémonos nosotros en congregación religiosa para cumplirlos y hacer que se cumplan. Si hasta aquí hemos sido víctimas de la indiferencia religiosa, pidamos á Dios el dón de una fé viva y la gracia de profesarla, practicarla y defenderla. Purifiquemos, en fin, nuestras almas en la piscina de la Penitencia y subamos despues al monte santo de la Saleta á unir nuestras oraciones, plegarias, penitencias y arre-pentimientos á los de aquellos religiosos y tantos peregrinos que, envueltos allí en una atmósfera bendita, cantan sin cesar las alabanzas de Dios y beneficios de su Madre.

¡Oh Virgen soberana de la Saleta! En nombre de todos os doy las gracias por la tierna solicitud que empleais en pro de los pobres pecadores. Sus culpas han provocado la indignación de vuestro Hijo, y Vos os dignais bajar á la tierra para advertirnos del peligro y pedirnos la enmienda. Desde hoy os la prometemos, Señora, de todos nuestros pecados, y en particular de la blasfemia, de la profanación de los días festivos y de la violación de la abstinencia; en testimonio de lo cual nos consagramos á vuestro servicio en el misterio de vuestra personal aparición en el monte de los consuelos y amenazas. Vos en cambio, Señora, libradnos de los males presentes, apartad de la sociedad los castigos futuros y alcanzadnos la paz de la tierra y el premio de la gloria. Amen. Así sea.

